

## Rezar como María Antonieta

Salía un inusual sol de otoño, que caía sobre París para ser testigo privilegiado de la muerte de María Antonieta. Meses atrás la reina había perdido a su rey y, con él, a su corona despojándola de todos los lujos que habían adornado su existencia. La vida de María Antonieta distaba mucho de la que sufrían sus súbditos. Si estos carecían de lo más elemental: comida con la que sustentarse y ropa con la que abrigarse de las inclemencias del tiempo, María Antonieta disfrutaba de los más exquisitos manjares que se le brindaban en las numerosas fiestas habidas en Versalles, y ¡qué decir de sus innumerables vestidos! ; la reina acumulaba decenas de ellos en su palacio, por lo que no había día en el que no fuese de estreno. Además, entre el pueblo no solo circulaban rumores de su lujosa vida sino que también se comentaba, con mucha maleficencia, que la reina tenía infinidad de amantes, sin saber el vulgo que el rey Luis XVI era el que la había abocado, al menos en un principio, a ello, ya que al inicio de su matrimonio no cumplía con sus deberes de esposo, obsesionado él con sus innumerables llaves y cerraduras. Así, María Antonieta, odiada por el pueblo, pasó varios meses encarcelada antes de ser llevada a la guillotina. Durante todo ese tiempo, la reina reflexionó sobre lo que había sido su vida y, lejos de culpar al pueblo de su suerte, lo comprendió en un ejercicio de suma honradez. De esta forma, la reina en un solo y último gesto mostró el magnífico talante de su personalidad. El de una mujer llamada María Antonieta, que, lejos de parecer un animal desbocado y desenfrenado por los numerosos excesos cometidos en su vida, cuando llega al cadalso, llena de un autocontrol, de un señorío que le hace dominar sus pasiones, le pide al verdugo, antes de cortarle la cabeza, esbozando una tímida sonrisa, que la

perdone por haberle pisado, ya que dice que no ha sido su intención hacerlo. Varios siglos después, en las antípodas de la vida, Teresa de Lisieux lanza, como única arma de su carácter, una enésima sonrisa ante la nueva tropelía que ha tenido que soportar por parte de su compañera de celda.